

DISCURSO DE DESPEDIDA DE LOS RESIDENTES PROMOCIÓN 2000

Lejos de ser triste despedirlos, resulta estimulante, porque sabido es que terminar y comenzar son dos caras de la misma moneda.

Seguramente están muy presentes en ustedes sus primeros pasos en este hospital, cuando eran los recién llegados del norte, el Cuyo, la Patagonia, la Mesopotamia, o hasta de Colombia.

Como los médicos que comenzarán mañana, iban por los pasillos tratando de no perderse, tardando horas para hacer un pedido en la computadora o saliendo expulsados del laboratorio al buscar una glucemia antes de haber salido la muestra.

Sin embargo, un año después, ya estaban listos para recibir a los que veníamos con los mismos vicios. De esa manera fueron haciendo sus cimientos; y es que se ha dicho, y creo que con razón, que la formación del médico es como la de una pirámide, en la que sólo mostramos la punta. Por ejemplo al extender una mano, mostrar una sonrisa, hacer un estudio o dar un fármaco a nuestros pacientes.

Pero como en toda estructura lo importante no es el extremo sino su base, que se forma primero en nuestras familias, nuestras costumbres e historia, pero que se asienta y solidifica en la residencia, donde se nos pone a prueba sobradamente, tanto en lo que entre comillas podríamos llamar «lo formal», es decir los horarios, guardias, formación y estudio, que nos exige extremadamente y hasta nos abrumba. Pero aún así, insisto «lo formal», no es tan complejo, tan desafiante, angustiante ni enriquecedor como «lo no formal». Me refiero a lo que no puede ser previsto y que es sin duda más difícil de aprender.

Les pregunto a ustedes ¿qué les ha costado más en estos años de residencia, interpretar un ECG o explicar a una familia que ese corazón ya no funciona?, ¿saber qué analgésico usar o acompañar un dolor que no podemos tratar?, ¿enfrentar a unos padres para darles el pronóstico de su pequeño o interpretar sus análisis?. Todos sabemos que esto no tiene un tiempo ni un examen aprobador, y que para enfrentarnos a esta realidad la residencia es ideal y única. Durante ella ganamos, además de conocimiento y experiencia, amigos, recuerdos imborrables y algunos hasta nos casamos o inicia-

mos una familia.

Pero también muchos dejan lejos a sus seres queridos y depositan aquí esfuerzos, alegrías, frustraciones y recuerdos en los que nos quedamos. Y en esto, hay que decirlo, es donde algunos realmente se han esmerado, como nuestro colega el Dr Wannesson quien nos deja un menisco interno, las Dras Rubiolo y Ousset unos lunares o el Dr Cánepa un quiste radicular. Pero el ejemplo sublime es el de la Dra Zamarbide quien no sólo nos deja, de nuevo, un lunar, su dedicación y laboriosidad, sino también su único apéndice, que además era normal...

Estas son cosas que pasan en la residencia, después de todo para la práctica quirúrgica, a falta de pacientes siempre es bueno una compañera ¿no?.

Más allá de estos esfuerzos denodados me consta que ustedes, con sus vivencias y empeño, han colocado y unido cada día los ladrillos de la base de esta pirámide, sabiendo que cuanto más fuerte y amplios son sus pilares más sólida es su estructura, y que nos han enseñado a los que vinimos después a hacerlo y perpetuarlo. Se los agradecemos porque sabemos que han buscado hacerlo con conocimiento, comprensión, y principalmente, con el cemento más fuerte de todos: el amor por lo que se hace.

Como dijo Paracelso: *«Quien no conoce nada, no ama nada. Quien no puede hacer nada, no comprende nada. Quien nada comprende, nada vale. Pero quien comprende también ama, observa, ve... Cuanto mayor es el conocimiento inherente a una cosa, más grande es el amor... Quien cree que todas las frutas maduran al mismo tiempo que las frutillas nada sabe acerca de las uvas.»*

Muchas gracias.

Dr. Pablo Ioli
Servicio de Neurología